SANTO TRIDUO PASCUAL

Sábado Santo

de la Sepultura del Señor

Sentido Litúrgico del Sábado Santo

Nos enseña la Iglesia:

«Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, su descenso a los infiernos, y esperando su resurrección en oración y ayuno.» (Misal Romano 8).

Sugerencias para la celebración familiar

Posible ambientación

Puede usarse la misma del día anterior, es decir, si es posible, sobre una pequeña mesa o consola se coloca un crucifijo o una imagen del Señor crucificado (por ejemplo, el Señor de los Milagros). Cerca de la imagen una vela encendida.

Además, una Biblia abierta, signo del deseo de acoger la Palabra que nos ayuda a encontrar sentido al misterio de la muerte y sepultura.

Tiempo de la oración

Para meditar en la pasión, muerte y sepultura del Señor, conviene tener este momento durante la mañana o la tarde, antes de las 5. 00 p.m.

Oración familiar

Reunidos todos los que participarán, el padre o madre de familia, o quien haya sido escogido para dirigir el momento de plegaria, dice:

Reunidos como Iglesia doméstica, unidos a toda la Iglesia, meditemos en el misterio de la muerte y sepultura del Señor.

San Agustín hablaba del Triduo Santo del que murió, fue sepultado y resucitó. Velamos, espiritualmente, ante el sepulcro de Jesús. Y en ese aparente silencio y en esa aparente soledad, nos dejamos acompañar de Aquel que es la Palabra en quien está la vida, la gracia, la verdad.

Velamos junto al sepulcro de Aquel que aún muerto sigue hablándonos. Si, en ocasiones, las tumbas y sepulcros infunden temor, la tumba o sepulcro de Jesús, no. Él, desde el fondo del sepulcro sigue siendo Palabra que interpela, anima, consuela, infunde esperanza. Por eso hacemos silencio interior, para escuchar la Palabra de vida que brota del sepulcro.

Dispongámonos a este momento de plegaria familiar con apertura de mente y corazón.

Todos pronuncian la siguiente oración:

Dios Padre Todopoderoso, Jesús, tu Hijo amado,
descendió al lugar de los muertos
y salió victorioso del sepulcro,
concédenos a nosotros,
sepultados por Cristo en el bautismo,
resucitar con él a la vida eterna.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

Uno de los presentes lee la lectura de la carta de san Pablo a los Romanos 6, 1-11:

¿Qué diremos entonces? ¿Que debemos seguir pecando para que abunde la gracia? ¡Ni pensarlo! Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a seguir viviendo en él? ¿No saben que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte?

Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó de la muerte por la acción gloriosa del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva. Porque, si nos hemos identificado con él por una muerte como la suya, también nos identificaremos con él en la resurrección.

Sabemos que nuestra vieja condición humana ha sido crucificada con él, para que se anule la condición pecadora y no sigamos siendo esclavos del pecado. Porque el que ha muerto ya no es deudor del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él.

Sabemos que Cristo, resucitado de la muerte, ya no vuelve a morir, la muerte no tiene poder sobre él. Muriendo murió al pecado definitivamente; viviendo vive para Dios. Lo mismo ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

En un momento de silencio se puede hacer una meditación en torno a las siguientes preguntas y se puede poner en común, libremente, lo meditado. También podría hacerse una puesta en común acerca de la Palabra de Dios escuchada, prescindiendo de las preguntas. También podría simplemente hacerse un silencio breve y continuar con la oración. Esta guía es una propuesta adaptable.

Preguntas para la reflexión

Jesús fue sepultado, su muerte fue una realidad, no una apariencia. Salió de la tierra de los vivos, «entró en la región de los muertos», «descendió a los infiernos» decimos en el Credo. El Dios hecho hombre muestra su gloria en la mayor humillación. Muestra que la gloria se da en la humildad. Con su muerte y sepultura Jesús trastoca los criterios del mundo.

El bautismo no es una simple bendición que recibimos, sino un acontecimiento que nos lleva a sumir la lógica de Jesús: ¿soy consciente de eso? ¿Considero el hecho de ser bautizado como una posibilidad y exigencia de asumir un nuevo modo de vida?

Muchas veces en nuestra vida cotidiana justificamos actitudes, conductas, sentimientos, diciendo «soy así», o «así hacen todos», «así se piensa o vive hoy». ¿Soy consciente que por el bautismo vivo para Dios? ¿Soy consciente que ser bautizado es abrirse al don de Dios para vivir en la lógica de Dios, al estilo de Dios? ¿Estoy dispuesto a vivir según lo que Dios nos ha enseñado con la vida y enseñanza de Jesús?

¿Soy consciente que el bautismo es transformación del ser y del modo de estar en el mundo? ¿Qué actitudes, sentimientos, opciones, modos de actuar, he de sepultar para renacer a nueva vida?

Luego, uno de los presentes, lee el evangelio de san Juan 19, 38-41:

Del evangelio según san Juan

José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús, por miedo a los judíos, pidió permiso a Pilato para llevarse el cadáver de Jesús. Pilato se lo concedió. Él fue y se llevó el cadáver. Fue también Nicodemo, el que lo había visitado en una ocasión de noche, llevando cien libras de una mezcla de mirra y áloe.

Tomaron el cadáver de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los perfumes, según la costumbre de sepultar que tienen los judíos.

En el lugar donde había sido crucificado había un huerto y en él un sepulcro nuevo, en el que nadie había sido sepultado. Como era la víspera de la fiesta judía y como el sepulcro estaba cerca, colocaron allí a Jesús.

Luego de un momento de silencio, el que dirige la oración dice:

Confiados en el amor de Dios Padre, que en Cristo, su Hijo y Señor nuestro, nos ha mostrado su amor benevolente, impulsados por el Espíritu Santo, elevemos nuestra plegaria.

L: Señor Jesús, que dijiste que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto. Y que una vez muerte fuiste sepultado

T: Concédenos que, tomando la decisión de morir al pecado, que es falta de amor, podamos resucitar contigo para una vida nueva.

L: Señor Jesús, que puesto en el sepulcro, dejaste de ser visible en la tierra de los vivos, pero luego asumiste, por acción del Espíritu, la condición gloriosa

T: Enséñanos a usar este tiempo de «aislamiento social», en el que nos sentimos menos protagonistas de una vida visible, para examinar aquello que, en nosotros, es necesario sepultar y abandonar en un sepulcro, a fin de renacer a una vida más generosa, comprometida con los demás, solidaria, compasiva.

L: Señor Jesús, nuevo Adán, que a través de tu misterio pascual te mostraste como el Hombre Nuevo, ideal del ser humano

T: Que la experiencia de fragilidad y debilidad que en este tiempo de pandemia vivimos, nos permita descubrir la importancia de hacernos más dependientes del Padre, a fin de ser auténticamente libres, gestando una humanidad más solidaria y compasiva.

Pueden hacerse otras peticiones. El que dirige la oración dice:

Confiados en el amor del Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por el misterio pascual de Jesús vivido por nosotros en el bautismo, es también nuestro Padre, digamos juntos
Todos: Padre nuestro...

Terminado el Padrenuestro el que dirige la oración dice:

Invoquemos ahora la intercesión de la Virgen María. Ella esperó el triunfo de Jesús, no obstante, el dolor de haber visto morir a su hijo que era también su Señor.

Pidamos nos obtenga el don de avivar la esperanza. Que como ella, creamos, esperemos y amemos verdaderamente a Dios y a los hermanos:

Entonces se puede entonar un canto a la Virgen (Dolorosa, Santa María de la Esperanza, María tú eres mi Madre, Santa María del camino u otro que se conozca) o se recita un Ave María.

Descienda, Señor, tu bendición abundante sobre esta familia que espera participar de la victoria de tu Hijo sobre la muerte y el pecado, concédenos renovarnos interiormente para vivir según tu proyecto de amor para nosotros. Amén.

Para la reflexión

LA SEPULTURA DEL SEÑOR

Hoy es un día de silencio meditativo, de reflexión y oración, de contemplación. Es importante meditar. aún más, en el misterio de la Pasión y Muerte, pues como todo misterio, por más que meditemos en él, nunca lo comprenderemos plenamente, sólo atisbaremos su profundidad. La pasión de Jesús ha sido una realidad. La muerte no ha sido aparente sino verdadera, por eso el Señor es sepultado. Pensar en la sepultura es, ante todo, afirmar la realidad de esa muerte del Señor Jesús. ¡Verdaderamente murió! Y hoy seguimos sobrecogidos ante ese misterio de amor que se entrega, sin límite alguno.

Meditamos en la muerte del Señor, poniéndonos espiritualmente junto al sepulcro. Hacemos duelo. Pero hacer duelo no es sólo llorar y conmoverse. Hay que elaborar el duelo, y a ello ayuda también pensar en la persona que ha muerto, en cómo ha muerto, por qué ha muerto. Y en el caso de Jesús es importante comprender cada vez más quién es Él para nosotros y por qué se ofreció a la muerte. El Sábado Santo nos acerca al misterio del amor redentor. «Me amó y se entregó por mí», meditaba san Pablo. Y ese puede ser el centro de nuestra contemplación del misterio hoy.

Y meditamos el misterio de su descenso a los infiernos, que no supone que Jesús haya sido condenado eternamente. ¡De ninguna manera! El infierno (en el pensamiento de Israel) significaba el lugar de los muertos sin connotación de condena eterna. Morir era ya la condena. No estar en la tierra de los vivos (nuestra tierra, la existencia cotidiana) era ya la condena.

Los Padres de la Iglesia pensaron la realidad del descenso a los infiernos como el rescate de los justos, como afirmación que la muerte de Jesús benefició también a aquellos que murieron antes que Él y vivieron según la voluntad de Dios. La muerte de Jesús se hace posibilidad de eternidad para esos hombres también. El descenso a los infiernos es afirmación de la vocación del ser humano a la vida eterna.

Entre la realidad de la muerte de Jesús, producida por la soberbia, la estrechez de mente y corazón, la cerrazón a Dios de las autoridades religiosas de su tiempo y la cobardía de la autoridad romana que quiso conservar su posición de poder. Entre la muerte de Jesús que es, en definitiva, causada por el pecado de los hombres y entre el destino final de resurrección que Dios ofrece a la humanidad, está la sepultura.

Este día, en la elaboración del duelo por Jesús emerge la luz de la resurrección. Los cristianos sabemos cuál será el desenlace final. El Padre no abandonará a su Hijo en los lazos y brazos de la muerte. El Padre reacciona frente al accionar inicuo de los hombres. Él le resucita por acción del Espíritu Santo. ¡Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo!

El duelo por Jesús no es un duelo que sume en el dolor y deprime. ¡Todo lo contrario! Anima en la esperanza.

Es una esperanza activa, que nos mueve a actuar, a tomar decisiones, a hacer opciones. Estar ante un sepulcro provoca silencio y temor. Un sepulcro nos conmueve, nos cuestiona. Nos hace pensar en la verdad de la muerte como final, como destrucción. Nos hace callar y el silencio permite que afloren emociones diversas.

Ante el sepulcro de Jesús miramos la muerte como posibilidad de vida nueva, como esperanza de resurrección; no solo de la resurrección definitiva, sino también de nueva vida como regeneración cristiana por medio del amor de Dios que nos convida e impulsa a vivir en el amor el día a día.

Ante el sepulcro de Jesús hacemos silencio, dejamos que afloren emociones. La emoción de sabernos y sentirnos amados pues el Señor me amó y su entrega fue por mí. La emoción de querer corresponder a un amor tan grande, pues miramos la vida y vemos que hemos hecho poco por corresponder al amor de Dios. La emoción de sabernos llamados a una vida en la gracia, que es compartir la vida de Dios, viviendo como Jesús en la kénosis, desde la humildad que es andar en la verdad y nos ayuda a descubrir nuestra fragilidad y por tanto nuestra necesidad de ser sostenidos por el amor de Dios para vivir el amor a nuestros hermanos, en un compromiso de solidaridad concreta, especialmente urgente en nuestro tiempo.

Ante el sepulcro de Jesús el silencio orante se hace fecundo, generador de vida auténtica.

Hagamos silencio y oración, animados por la esperanza de la Resurrección. Dediquemos hoy un tiempo a la meditación orante. No es un día vacío. Es un día cargado de amor que calla, que quiere acompaña al Señor y a Santa María, la Madre del Dolor. Acompañar hoy al Cristo muerto y sepultado para encontrarle luego en el día a día y acompañarle, sirviéndole, en los más débiles, en los que sufren, en los más vulnerables, en los más pobres.

Sábado Santo. Día del gran silencio, que interioriza, que profundiza, que valora y pondera las cosas, que adora, que prepara un gozo desbordante.(PHD)